

Excmo. Sr. Rector de la Universidad Panamericana/Excmos e Ilmos Sres.
Claustro académico/ Señoras, señores,

Mi más profundo y sincero agradecimiento a cuantos han intervenido en esta designación, que me llena de alegría y me compromete con esta querida Universidad. Es un honor recibir el reconocimiento de esta Institución y hacerlo por la labor de defensa de la vida y la dignidad de la persona humana, desde la ciencia. Una tarea a la que he dedicado atención y por la que no he rehusado esfuerzo.

Solo una ciencia liberada de ideologías y de fraudes, puede aportar certezas sin las que no es posible vivir. Cada época plantea sus problemas específicos y pone su empeño en conseguir las soluciones adecuadas. El desarrollo del pensamiento creativo corre, en parte, de la mano de avances técnicos, siempre ambivalentes y que por serlo crean, a veces, problemas humanos nuevos. Es una realidad que cuando se impone la racionalidad técnica –“lo que se puede hacer se debe hacer”- a la racionalidad ética –“lo que no se debe hacer, aunque se pueda hacer”-, las aplicaciones técnicas se transforman en ideologías que se visten y adornan con el prestigio de la ciencia. Entonces aparece la necesidad de optar por ocultar las certezas alcanzadas por la ciencia (verdades ciertas, aunque siempre amplificables por no ser verdades ultimas), y al mismo tiempo inventar otras sobre la base de fraudes científicos.

Este año 2018 está siendo paradigmático:

- Canonización de Pablo VI en el 50 aniversario de la promulgación de la *HV*.
- 50 años del mayo 68 con la revolución sexual y el rechazo de toda forma de autoridad.
- 50 años del comienzo de esta Universidad y
- para mí, además, se cumplen 50 años del final de mi carrera universitaria con el reto y la ilusión de una ciencia al servicio de la verdad.

¿Qué ha ocurrido en el plano de la ética de la ciencia en este medio siglo?

Hubo un giro de 180 grados con el disenso y la falta de acogida de la *Humanae Vitae*. Se impuso la idea de que el planteamiento de la encíclica ponía la razón al servicio de la naturaleza y no al revés como debería haber sido. Esto es, que la racionalidad humana

decidiera sobre la naturaleza. Se abrió entonces –y se mantiene con todas sus consecuencias –la mentalidad de que existía un espacio, sin carácter humano, entre la unión corporal de los padres y la concepción del hijo. La pérdida del significado personal del cuerpo humano, necesariamente sexuado, hizo poco inteligible la riqueza de la doctrina cristiana acerca de la transmisión de la vida: la sexualidad humana como dimensión personal quedaba borrada. Se oscureció la certeza de que engendran los cuerpos personales de una mujer y un varón.

La técnica serviría a la contracepción primero, y a la reproducción asistida después. La Ideología del hombre autónomo que se revela de ser criatura y deber su vida a Alguien, da lugar a un Programación de la Humanidad en base a la tecnología reproductiva que convierte a los padres en donantes de gametos y rompe los vínculos naturales de la transmisión de la vida; los vínculos familiares imprescindibles para humanizar la vida del hombre. Del paso siguiente -la Ideología de Género- estamos viendo ya sus consecuencias. La negación del carácter sexuado de la persona humana: varón-mujer. Una dimensión esencial de la persona queda reducida a algo opcional y cambiante.

Con cierta frecuencia me han preguntado por qué los científicos no están de acuerdo en la cuestión de cuando comienza la vida humana. ¿Por qué para unos es cuando hay un genoma nuevo, cuando concluye la fecundación, o días, o semanas después? ¿Cómo es posible la duda a estas alturas de los avances científicos?

La pregunta acerca del origen de la vida de cada hombre plantea la cuestión acerca de si puede distinguirse el “ser persona” del “ser biológicamente humano”. Si existe o no un periodo de tiempo, una fase prehumana de la vida humana. Evidentemente, la vida es en primer lugar algo biológico. Y evidentemente, en el ser humano hay que añadir otro nivel. El *plus de realidad* de cada uno que se funde con la existencia biológica confirmando a la vida de cada hombre otra dimensión: la que le permite vivir en convivencia con los demás. Una dimensión que le hace humano, que le constituye en viviente humano. Sin ella, no es que sea prehumano, simplemente no existe.

La cuestión de fondo, tras ese debate, es si el hombre solamente depende de sí mismo, y por tanto nada puede poner límites a sus deseos de manipulación, o si depende de Dios. Las raíces cristianas que permanecían aún no permitieron la respuesta inmediata a la cuestión que negara la dependencia del Creador. Que cada uno sea criatura de Dios significa que

llamarle a la existencia es comunicarle ese *plus de realidad*, sin lo que no llega a ser un ser humano, no vive. La concepción es sagrada por ser el origen de cada persona humana y son los cuerpos personales de uno y una, en la unidad de una “sola carne”, lo que constituye un espacio procreador natural y no programado, el único espacio humano digno de ser inicio y origen del hijo.

En definitiva, si hay o no un tiempo en que se pueda “ser biológicamente humano” y no “ser persona” con todos los atributos y dignidad que atribuimos a los seres humanos, es una pregunta por una de esas cuestiones últimas, cuestiones serias de la vida.

La lamentable historia del embrión ficticio, como denomina al embrión el título del libro de Gonzalo Herranz “El embrión ficticio. Historia de un mito biológico”, relata los fraudes de una ciencia puesta al servicio de la ideología según la cual el *plus de realidad* de cada criatura humana no es originario, sino que aparece después del inicio en la fecundación -en un tiempo indefinido e indefinible- cuando el desarrollo embrionario le permite alcanzar la suficiente realidad para que se pueda considerar constituido en persona.

En efecto, como expone con lucidez Herranz, ha estado ausente una ciencia biológica seria y rigurosa en torno al embrión humano que ha permitido el auge de la teoría del pre-embrión: *Los biólogos proporcionaron a filósofos y juristas una serie de “argumentos” aparentemente científicos y tan convincentes que nadie sintió la necesidad de revisarlos críticamente”*

Dichos argumentos plantean que la fecundación no sea un proceso definido y por tanto sea un proceso irrelevante lejos de ser el proceso constitutivo a hombre. La existencia de gemelos formados por la partición en dos a lo largo de las dos primeras semanas del desarrollo o la formación de quimeras mediante fusión de dos embriones en los primeros catorce días; de la totipotencialidad de las células del embrión joven; o de la inexplicable pérdida espontánea masiva de embriones, consolidaban un precario embrión ficticio al que - si así fuera su realidad- no podría tener el estatuto ontológico de plena humanidad.

En la misma época la “Nueva Biología” daba cuenta precisa de la dinámica espacio-temporal del desarrollo de los seres vivos. De lo simple a lo complejo avanza en un proceso irreversible, en que lo producido en una etapa retroalimenta las siguientes, de modo que la información genética inicial se va ampliando y el resultado es siempre más que la suma de

las partes. En cada estado, la organización alcanzada permite manifestar propiedades y capacidades que no están en las estructuraciones anteriores.

La historia de cada persona no es simplemente su vida corporal. La biografía de cada uno tiene una trayectoria temporal, un dinamismo, de suyo creciente hacia la plenitud, gracias a su capacidad de relación consigo mismo –intimidad- y hacia fuera -relación interpersonal- y teniendo como tarea su propio cumplimiento. Inseparablemente, es la vida de un ser que es corporal, cuya trayectoria temporal es la del hacerse, madurar, y del empezar a deshacerse de su cuerpo.

El entrelazamiento en la sola y única vida de cada hombre, de la dimensión biológica y de la biográfica -o personal- es manifestación inequívoca de que existe un único sujeto con dos dinamismos: el de la vida biológica y el propio de la libertad personal. No se trata de una doble vida, sino que no existe propiamente una vida animal del hombre porque el cuerpo del hombre es siempre un cuerpo humano.

La pregunta a la ciencia es, por tanto, cuándo el ser concebido de progenitores humanos es cuerpo humano, o individuo de nuestra especie. La respuesta, al conocer la estructura y dinámica espacio-temporal del cigoto, es claramente que ese cigoto con genoma humano es un cuerpo humano en el preciso momento en que arrancar a vivir. No es una mera célula sino un cuerpo con los ejes corporales ya trazados en una arquitectura de inicio, que seguirá su desarrollo siguiendo los ejes corporales.

Algo más tarde, el avance de las neurociencias daba a conocer con profundidad el *plus de realidad* de cada ser humano. Los dos niveles el biológico y el espiritual son inseparables en cada persona humana desde su constitución. En efecto, la dinámica de los procesos cerebrales es idéntica a la dinámica de los procesos mentales y la misma de los procesos de construcción del cuerpo a partir del cigoto. Cada hombre posee una información que no es genética, sino información que viene de su capacidad relacional.

El cuerpo humano –nos evidencian las neurociencias- manifiesta a un “titular” personal con capacidades y características genuinas, entre las que destacan que:

-lo cognitivo y lo emocional son inseparables: lo cognitivo emociona y lo emocional aporta conocimiento.

-posee una memoria intemporal que no guarda recuerdos sino que le permite traer al presente el pasado y desde ahí simular el futuro, tantearlo experiencialmente y por tanto decidir y proyectar su vida.

-todo deja huella en un cerebro plástico que se construye cada uno con sus experiencias, vivencias, lazos afectivos, etc.

-tiene la autoconsciencia de un Yo somatizado en su cuerpo el mismo en el pasado, ahora y después.

El *plus de realidad* es la libertad que recibe en su origen que le libera del encierro en los automatismos de las respuestas y del encierro en el presente.

Termino ya. Lo ocurrido a lo largo de estos 50 años reclama de todos nosotros la elaboración multidisciplinar de una antropología realista que integre la neurobiología humana que no es neurozoología y con ello supere tanto el mecanicismo causa/efecto, como el determinismo y la indeterminación. La libertad de cada hombre es autodeterminación; un *plus* no presente en los individuos no humanos. Es un reto inaplazable dar cuenta de esa realidad. Tarea que se me reaviva con el regalo de la pertenencia al claustro de la Universidad Panamericana.

Gracias de nuevo. Muchas gracias.